

LAURA

Navegante

La multitud enfebrecida gritó entusiasmada: “¡Estamos en guerra!”, y una semana más tarde ella lo despidió lanzando besos al tren abarrotado de soldados camino del frente. Con el tiempo, el júbilo inicial cedió paso a la desolación.

Los días sin él transcurrían monótonos y graves como el «tic - tac» de un gran reloj, como el «lub - dub» de un infatigable corazón. Y así, acompañaban cansinos a la pálida luz de un otoño singular por su soledad.

Ha arrancado demasiadas hojas al calendario desde el día que anunciaron el fin del conflicto, pero el recuerdo de sus abrazos no se ha desvanecido. Quizá por eso regresa cada mañana al mismo andén, con el único equipaje de su anhelo y su sonrisa desgastada. En el apeadero solo se escucha el sonido del balasto golpeando la panza del enésimo mercancías que atraviesa la estación sin detenerse.

De este modo comenzaba, querido Agustín, el relato que Laura se había propuesto escribir. Supongo que has averiguado de quién te hablo. Sí, estoy seguro de que sí porque era la chica más atractiva e inteligente de la facultad.

Debió de ser hace un par de años cuando la encontré por casualidad sentada en uno de los bancos del Retiro. La reconocí enseguida, ya que seguía siendo tan hermosa como antaño. Sin embargo, aquel día su rostro demacrado reflejaba un hondo pesar.

Le pregunté si se encontraba bien. Se esforzó por sonreír, pero apenas consiguió esbozar una mueca. Sus ojos vidriosos, llenos de profunda tristeza, me miraron con aire ausente. Sin añadir nada más, me invitó con un ademán a leer una carta que sostenía en las manos, por cuyas páginas sus lágrimas se habían deslizado hasta desvanecer la tinta de algunas palabras:

Bailarina de eterna cuerda, mi espectral romance, fuiste la espuela que removió mis emociones y me devolvió el perfume fresco del amor. Desde que naufragué en la orilla de tus ojos, no deseé sino besar tu sonrisa.

Y tú, como una sinfonía de cálidas notas, abrasaste mi corazón como el sol las nubes de un ocaso que se resiste a morir, incrédulo de un nuevo día. Besos profundos y largos abrazos en el silencio más callado del universo.

Y yo, diluyéndome en el deseo de ser tú, me hice árbol y con la raíz sujeté la tierra bajo tus pies para que te sintieses segura, y me hice sombra para regalarte toda la luz. Después, me transformé en algo informe y luego en aire. Entonces te rodeé y tú me respiraste. Fui el aliento de tu jadeo y el soplo que entretuvo tu cabello.

Pero llegó aquella funesta tarde de junio. Entre las dunas de la playa, siendo dos nos sentimos uno y una sola fue la toalla sobre la que hicimos, por última vez, el amor. Durante todo el día había soplado viento sur y esa noche el aire que te despeinaba era cálido y traía aromas de mar y de flores. Luego la luna llena, elevándose por encima de las colinas, proclamó con petulancia su efímero reinado y nos envolvió en una gasa de ceniza. Más tarde llegó el amanecer y tú dijiste adiós. Yo no pude responderte y, paralizado, únicamente sentí el vendaval que ponía música a la danza que ejecutaban las palmeras sobre la arena blanquísima de la playa; con el cerebro vacío, el corazón roto y la cara mojada por un llanto sorprendido. Atrás quedó nuestro amor. Cuando contemple la luna sabré que tú ya no la estás mirando.

En la ciudad los nubarrones descargan una lluvia indolente. Ahora paseo mi soledad, y tu piel, lejana, perfuma el aire de otras noches también lejanas. Hoy bailan sobre el recuerdo mis dedos: tu cuerpo se columpia y se cimbreo ágil en el vapor de la ausencia. Mientras evoco el pasado tiemblo y el agua, mojando mis lágrimas, perfila un rostro demacrado. En la calle desierta, sobre el pavimento húmedo, los charcos reflejan la luz de las farolas y mi agonía. Mis extremidades están frías, es cierto, porque mi sueño se extinguió. Pero ¿qué puede llorarse si la fuente de las lágrimas, agostada, no puede regar ya las semillas del amor? Asustado, bajo mi sombrero de fieltro, voy despidiéndome de los pájaros.

«¡Basta ya!», grito desde la libertad que tuve y que tú me arrebataste, y me pregunto en qué curva del camino me quedé porque no me reconozco. Jugué con figuras de arcilla sin cocer y mi alma se llenó de barro.

Los cementerios ya no huelen a yerba fresca. Sus cipreses, antes pirulís de menta que elevaban las plegarias de los difuntos hasta el cielo, hoy son fantasmas plutónicos que ahogan la esperanza. El viento silba entre sus ramas y me convoca, tentador, al baile con todos los muertos.

Nieva. La ventisca gime arias que convierten mi corazón en puré, pues todas sus canciones me recuerdan a ti, a nosotros. Abonaste con nada las viñas que injerté y su vino supo a nada. Me dijiste adiós mientras tu sexo se abría con el impulso de la sangre y se convertía en la puerta que no condujo a parte alguna.

Hasta la muerte todo es tiempo, pero sabiendo que no me amas solo puedo ofrecerte mi olvido. Porque recordarte me impide buscar formas en las nubes cuando me tumbo bajo las acacias.

Ay, Laura, lloverán calaveras sobre la memoria antes de olvidarte, y algún petirrojo cantará en tu jardín mientras el discurrir de los días sedimenta el incommensurable amor que te tuve. Te amé, aún te amo. ¿Conseguiré olvidarte?

Quizá no regresen jamás las golondrinas y el aire, marchito de nostalgia, llore pétalos de recuerdos; sin embargo, hoy quiero agradecer tu vida porque tú pusiste en mi camino la risa de las hechiceras.

Sigue cayendo la nieve sobre los pájaros congelados. Las ramas de los arces no soportan ya el peso de tanto invierno. Es tiempo de emigrar.

Nómadas del viento, las aves construyen sus nidos en tierras apartadas, muy lejanas. Vuelo con ellas... Adiós.

Ya comprenderás, amigo mío, que en aquella situación era difícil decir cualquier cosa que sirviera de consuelo, así que me limité a escucharla. Antes de despedirnos, me comentó que necesitaba alejarse y tomar la distancia necesaria para recobrar la perspectiva sin diluirse. De continuar en España, fueron sus palabras, se aproximaría peligrosamente a su horizonte de sucesos, y no deseaba correr el riesgo de colapsar en el interior de su propio agujero negro. Pensó que sería balsámico implicarse en los problemas del prójimo y se embarcó hacia destinos lejanos, en varios viajes de cooperación, que la sumergieron en el dolor de los desheredados del mundo.

Cuando éramos niños, ¿recuerdas, Agustín?, los profesores insistían en prepararnos para «el día de mañana». Una fecha inconcebible, tan lejana que no habría de llegar jamás. Ya en la juventud nuestro sueño fue cabalgar entre risas un presente que creímos infinito, retando cada día a la muerte imaginaria. En la universidad quisimos quebrar la injusticia, combatiendo los errores que juzgamos cometían los adultos. Después crecimos, perseguimos el amor con diferente fortuna y sentimos idéntica vocación: sanar, o cuando menos aliviar, el sufrimiento de las personas.

Han transcurrido muchos años desde que las fantasías juveniles se esfumaron sin despedirse. «El día de mañana» ha llegado y nos ha pillado por sorpresa. Hoy unos idolatran el dinero, a otros las drogas les han roído el corazón y los más nos hemos ido acomodando a las circunstancias; o sea, suicidándonos de puntillas. Me pregunto en qué momento se desvanecieron las ilusiones, y rebusco en el trastero de mi pasado para ver si descubro dónde se esconde la vergüenza de crecer. ¡Ah..., cuántas ideas y qué escaso compromiso! Todo lo barrió el tiempo con el seco aldabonazo del olvido.

¿Todo? No, todo no. Al menos eso no ha ocurrido en el caso de Laura.

Esta tarde he recibido un correo suyo. Te confieso que he sentido una emoción inesperada. Mi primer impulso fue leerlo de inmediato; sin embargo, me contuve. Tras echarle una breve ojeada, preferí imprimirlo y reservármelo para apreciarlo con calma en la playa. Una vez en el chiringuito, lo he releído una y otra vez... Te envío algunos fragmentos:

... El centro de salud es la única estructura sanitaria y yo la única médica en centenares de kilómetros a la redonda. Dispone de unas pocas camas donde son hospitalizados los enfermos más graves y donde llegan al mundo, muchas veces muertos, los niños que se atreven a nacer en estas tierras tan hostiles.

El edificio está en consonancia con el paisaje urbano y humano: miserable. Los enfermos y familiares, por los suelos. No hay luz y, en la oscuridad de la noche, a menudo resulta difícil aplicar un suero, reconocer a un paciente grave que ingresa o atender un parto. Es una construcción demasiado envejecida, abandonada y sucia. Desinfectar, reparar las goteras, pintar... Bueno, al menos ya no hay ratones que acudan al festín de las placentas.

... Las personas yerran al pensar que en estos países la mayoría de la gente muere de filariasis, oncocercosis, tripanosomiasis o cualquier otra enfermedad rara tropical de exótico nombre. Ni hablar, aquí la gente enferma y muere fundamentalmente por malaria, infecciones respiratorias, diarreas, al dar a luz en partos complicados o por haber pisado una mina o haber recibido un balazo. Y no se mueren también de hambre porque el Programa Mundial de Alimentos reparte comida entre los más necesitados.

... La batalla se libra en teoría a decenas de kilómetros, aunque la guerra está en todas partes y en ocasiones, como hoy, las fuerzas contrarias al Gobierno se acercan demasiado. Se escuchan disparos y entonces las mujeres y las niñas que recogen agua en el río llegan al centro de salud con el cuerpo cosido a balazos. Los rebeldes aprovechan la incursión hasta las cercanías de la ciudad para robar la mandioca de las escasas tierras de cultivo, y dejan el campo sembrado de minas en su retirada. El abono de estas tierras son las extremidades arrancadas de los desplazados que, huyendo de sus hogares, pasan por allí.

... Los desplazados no paran de llegar. Lo hacen de forma intermitente, en pequeños grupos de varios individuos, por lo general de la misma familia. Los veo entrar en la ciudad, a través de la malla de la ventana, sin ni siquiera un atisbo de esperanza, con el caminar cansino, inmersos en la pobreza y la enfermedad, perseguidos por la guadaña. Los más afortunados arrastran lo poco que han podido coger antes de abandonar sus hogares, si no lo han perdido o se lo han robado por el camino; la mayoría, nada. Por ahora, mientras dure la guerra, su principal objetivo es seguir vivos. Después, en el mejor de los casos, quizá sueñen con regresar a sus aldeas, a sus casas. Sin embargo, lo que hoy he visto reflejado en sus caras es el desánimo ante la certeza de que jamás escaparán de esta situación.

... La estación de las lluvias debería haber comenzado, pero apenas han caído unas gotas. Son ya varios meses de ardiente sol, de luz cegadora, y echo de menos las nubes plomizas en el cielo, la humedad, el agua empapando mi cuerpo, resbalando por mi cara... Mojarme entera.

Esta tarde lució un doble arcoíris mientras el agua caía ingrátida, sin llegar a colmar esta arena sedienta que regala flores tan bellas. No dejo de preguntarme cómo es posible que unas plantas tan bonitas puedan brotar en este secarral. Es el insólito regalo, uno más, de una tierra donde conviven el horror y la belleza.

... El asunto es peor de lo que imaginaba. El niño que ingresó anoche, gravemente enfermo de malaria, podría haber tenido una posibilidad si la persona que estaba de guardia no hubiese cerrado el gotero de quinina cuando se fue a dormir. Lo hizo como quien apaga la luz o sopla una vela, y no volvió a abrirlo hasta que se levantó a las seis de la mañana (!). Pienso que la criatura morirá...

A los niños me gusta verlos jugar cuando podemos recuperarlos, cuando no se quedan por el camino; a los adultos, hacer bien su trabajo. Estamos aquí para mejorar las cosas. No me conformo solo con intentarlo.

... La guerra puede explicar cualquier barbaridad. En la más espantosa y cruel manifestación humana, la infancia y las mujeres han sido siempre víctimas por partida doble, porque al drama del conflicto bélico han de sumar el de la explotación sexual. Se convierten entonces en dianas donde apuntar, en blancos fáciles para satisfacción de los guerreros y terror de las poblaciones. Pero que estos delitos ocurran en los campos de

refugiados y encima los cometan las personas que deberían prestarles ayuda y seguridad no tiene un pase.

Es cierto que en las crisis humanitarias los recursos disponibles son escasos y las condiciones de vida penosas; también lo es que muchas veces las mujeres, en su desesperación, se prostituyen para asegurar su vida y la supervivencia de su familia, pero repugna imaginar la vulnerabilidad de estas víctimas humilladas por las personas encargadas de protegerlas y cuidarlas. ¿Cómo digerir que en los campos de refugiados, bajo la protección de Naciones Unidas, se exija a las niñas sexo a cambio de galletas? ¡Puaj!

... La curiosidad, perplejidad y alegría de los críos me cautiva. Su dolor y muerte (siempre demasiada) me producen una mezcla de rabia, tristeza e impotencia.

Hoy podría ser un poco más feliz si no fuese porque los rebeldes hicieron una incursión durante mi ausencia e hirieron de bala a unas niñas que recogían agua en el río. ¡Maldita guerra! ¡Esta gente no descansa!

... En la cama, tendida desnuda boca arriba, escucho el golpeteo de la lluvia sobre la chapa metálica del tejado. Esta noche los cañonazos, todavía lejanos, no proceden de la sinrazón de los hombres, sino del cielo. Es la tormenta la que me regala los sentidos. Aspiro el aire húmedo que se cuele con el agua por la ventana completamente abierta de mi habitación. Trae consigo el aroma de la sangre, de la pólvora y de la tierra mojada. En el firmamento danzan garabatos eléctricos blanquiazules anunciando tu llegada. Hoy no me pondré los tapones en los oídos para evitar oír los disparos. Esta noche serás tú quien me acune con tu nana de truenos.

... Después de encontrar anoche un escorpión campeando por mi dormitorio, he decidido sacudir las zapatillas antes de ponérmelas y, desde luego, mirar dentro de los zapatos antes de iniciar la jornada. Debía de ser la una de la mañana cuando lo vi. El generador ya estaba apagado, pero me levanté de la cama para escribir unas notas sobre la mesa de mi habitación a la luz de una vela. Cuando la llama tembló, giré la cabeza para sentir la brisa que entraba por la ventana. En la malla protectora de alambre observé un par de agujeros. Sin duda, el bichejo se había colado por uno de los orificios y descendía por la pared a hurtadillas, despacio entre las sombras, para visitarme sin haberse anunciado.

De eso nada. Me levanté de la silla con cuidado para coger la linterna y el spray antimosquitos, porque no me atreví a enfrentarme a él directamente con una zapatilla. En realidad, tuve miedo de que al acercarme demasiado para golpearlo pudiera revolverse y picarme; pero, sobre todo, de que se escondiese si fallaba el primer golpe y me hiciera pasar el resto de la noche insomne, pensando en dónde se habría metido.

Al rociarlo con el spray no se paralizó como esperaba; por el contrario, empezó a correr como un poseso. En ese instante comprendí que no combatía contra un mosquito ni nada por el estilo, y que más me valía perseguirlo sin perderlo de vista. Se trataba de él o de pasar yo la noche en blanco. Después de pulverizarlo varias veces, por fin se detuvo y lo pisé. Antes de meterme de nuevo en la cama anoté: «Recordar al logista que cambie la red de mi ventana».

... Hoy me he pillado un cabreo monumental. Me disgusta horrores que se muera una criatura, pero si la causa es una negligencia, la tragedia se me atraganta, mezclada con la rabia.

La niña tenía veintitrés meses y llevaba nada menos que cincuenta y siete días en el centro nutricional. Su ingreso coincidió prácticamente con mi llegada. Aunque costó mucho sacarla adelante, por fin la pequeña había vuelto a sonreír y alcanzado los criterios para darle el alta, cosa que pensaba hacer hoy mismo. Vano intento, está muerta. Cuando me lo comunicaron esta mañana, no podía dar crédito. ¿Qué ha pasado? Paludismo cerebral... ¡Maldita sea!

He preguntado por el tratamiento que había recibido. Nadie ha sabido responderme. Se han quitado la muerte de encima, trasladándose la responsabilidad unos a otros por ser fin de semana. ¿Acaso alguien le puso medicación? Nada aparece en su ficha de seguimiento... Se murió solita. Estoy fastidiada porque creí habérsela arrebatado a la muerte, porque ya no iba a formar parte de la fatídica estadística.

... La tremenda sequía, la fauna inesperada, el cielo nocturno, la risa de los niños, el sufrimiento de casi todos... Ver a estas mujeres abnegadas, con su pañuelo en la cabeza, trabajando la tierra con la azada, majando la mandioca o bombeando rítmicamente en el pozo mientras sujetan a sus bebés a la espalda, nunca me deja indiferente. El contacto con las gentes de las aldeas, no cabe duda, sacude las conciencias.

Volveré a España con la lección aprendida. Todavía no sé cuál es ni cuando se me revelará, pero ya es parte de mí e irá conmigo allá donde yo vaya.

... Creo que nuestra existencia, si no eres pobre de solemnidad, es una ocasión única para culminar cualquier propósito. Por supuesto la civilización es muy compleja y a menudo paradójica como para admitir demasiadas certezas. Aun así, me inclino a adoptar una que, a mi juicio, es trascendental: la libertad de poder elegir la manera en que prefiero pasar por el mundo sin empobrecer la vida de nadie. Y puedo afirmar que, según pasan los años, acaricio la vida con mayor deseo. Confío en que esto no suponga un problema en el momento de abandonarla.

Cuando anocheció apuré la cerveza, abandoné la terraza del chiringuito y empecé a caminar entre la multitud que abarrotaba la playa. Algunas personas ya habían encendido hogueras para celebrar la Festividad de San Juan, y yo solo era una sombra más entre las siluetas del gentío que danzaba entre las pavesas. Sentí cierta desazón y me tumbé sobre la arena, indiferente al jolgorio que me rodeaba.

Al cerrar los ojos, niños y fusiles, galletas y escorpiones, relámpagos y flores comenzaron a girar en mi cerebro como los blancos faldones de los derviches. Luego fue la misma Laura quien ocupó su lugar. Apareció acompañada de dos magníficos alazanes, y me invitó a pasear sobre los tejados de la ciudad. Al principio apenas conseguíamos dominar las monturas, que resbalaban sobre las tejas húmedas e inclinadas, pero enseguida chasqueamos las riendas y fuimos capaces de cabalgar y hasta de volar sobre los edificios envueltos en la bruma. Entonces deseé la luz de su alma y la fuerza que escondía en sus entrañas. Húmeda la mucosa, la veleta azul. Quise sentir dentro el mar y llorar olas. Y amar sin condiciones. Y despertar.